

Sexualidad: Represión, deformación y liberación*

[In Memoriam. Una lectura recobrada. A pesar de los grandes cambios que en todos los órdenes se han sucedido desde la ya lejana fecha (1980) en que apareció este artículo en la revista española "El Viejo Topo", lo fundamental de la utopía que propone, a propósito de la revolución sexual y de la emancipación de la mujer, sigue manteniendo plena vigencia. La gran tarea sexual de los movimientos sociales y populares, que ya no sólo del proletariado, está aún inconclusa].

Por: JOSEP VICENT MARQUÈS I GONZÁLEZ

Una utopía razonable

Erotizar la vida. Descentrar del coito el placer genital. Reconstruir el coito como cópula. Airear el sexo guardado en los genitales. Honrar sin embargo tus genitales como una parte aceptada de tu cuerpo aceptado. Desdramatizar los asuntos sexuales sin banalizarlos. Aprender a jugar y aprender la importancia del juego. Hacer el amor siempre que al menos dos personas quieran. No hacer el amor cuando es otra cosa lo que se quiere hacer. Hacerlo siempre con; nunca contra. Separar el sexo de la procreación, pero también de la machada y la resignación, de la agresividad, la competencia o la compensación de agravios. Saber "técnicas sexuales" pero haberlas olvidado como se olvidan los libros que se aprenden bien. No hacer de la masturbación un sucedáneo del intercambio, no hacer del intercambio un sucedáneo de la masturbación. Dinamitar la edad, el tiempo usurpado por el patriarca. Hacer en la cama un lugar al humor y a la ternura. Probar a hacer el amor para conocerse, pero también probar a conocerse para hacer el amor. Olvidar para siempre las inhibiciones y los récords. No ser indiferentes al acostarse o no, sin encontrar angustia en ello. Inventar por el camino un nuevo lenguaje para hablar de esto llanamente, sin la alternancia de la pomposidad y el chascarrillo.

He aquí una utopía razonable. He aquí lo que más allá de la urgencia inmediata y del sueño alienado parece ya como meta comprensible y deseable. Se dan las condiciones objetivas de aprender que es necesario algo más que enseñar a los niños de dónde vienen y hacer el amor con más frecuencia, con ser ambas cosas imprescindibles considerando el asunto globalmente. Inútil es decir que cuando lleguemos no sea exactamente eso, no será sólo eso, pero no será menos que eso. Una aproximación razonable a este objetivo requiere el derrumbamiento de la sociedad capitalista y del predominio masculino, lo que no es fácil ni tengo la intención de hacerlo aparecer como tal, pero requiere también saber por qué se lucha. No veo cómo puede animarse a los oprimidos a un esfuerzo por el cambio radical sino es representándonos un panorama más divertido que los programas políticos habituales y algo más político que los programas divertidos (los de la tele o el cine cuando lo son).

Quizá no puede haber programa sin una sensata y alegre utopía que lo respalde. La tradición de la literatura utópica exige la fabulación. Veán, pues, cómo un viajero ilustrado describe Kolontópolis, hermosa ciudad liberada de traumas y tensiones sexuales, pero también de la pesadilla del discurso cretino sobre el sexo:

* Tomado de: Revista "El Viejo Topo". No. 44. Barcelona. 1980. Pp. 28-32.

“Me pides, Enriqueta, que te refiera las costumbres sexuales de los habitantes de esta ciudad. El encargo no es fácil de cumplir pues has de saber que sus habitantes más bien parecen no tener costumbres al respecto.

“Tomemos, por ejemplo, la cuestión de la bisexualidad. No son más bisexuales que heptasexuales u octosexuales, y cuando les pregunté no me entendieron. Ya que a nosotros tal cosa nos inquieta, te diré que pues se acuestan con personas de similar morfología podríamos llamarles bisexuales. Si la proporción de encuentros heterosexuales es igual, mayor o menor que la de los que llamamos homosexuales es cuestión que se me escapa, aunque me parece que varía según personas y aún etapas de sus vidas. Lo que si está claro es que esta cuestión no parece importarles en absoluto. No por ello habrías de inferir, Enriqueta, que la sexualidad se la representan como un magma difuso y carente de matices. Su lenguaje registra siete u ocho expresiones que quizá designan lo que ellos entienden como modalidades bien diferenciadas de actividad sexual. A saber: hacer el amor bajo un manzano, hacerlo en la playa de noche después de un día triste, merendar después de hacer el amor, hacer lo que nosotros llamamos sesentaynueve durante lo que nosotros llamaríamos horas de trabajo. Acariciarse durante tres o más horas, llegar al orgasmo al mismo tiempo sin pretenderlo especialmente, masturbarse en grupo antes de una reunión política presuntamente tensa... Sospecho que hay más expresiones y por tanto más tipos socialmente acuñados de actividad sexual, pero no suelen hablar mucho de ello, sin que desdeñen responder cualquier pregunta.

“No me es fácil, sin embargo, encontrar preguntas que ellos identifiquen como asuntos respondibles. Los chistes verdes, fuente importante de conocimiento al respecto, desaparecieron, aunque gustan de los chistes y algunos de ellos toman pie en citas de erótico esparcimiento. Por observación tampoco podría yo obtener muchas noticias que explicarte. Aunque no les importa hacer el amor ante el vecindario, su actividad privada – privada, que no oculta – parece mayor y más variada que la pública.

“Familia no hay. Enriqueta, ni tampoco exactamente aquello que llamaríamos “familiarianas” o “comillas”, es decir, búsquedas de una familia con mayor número de personas y alguna mayor benevolencia, donde, quizás sin proponérselo, se transfiere el rol de ama de casa y el de padre ganadero a las personas menos aptas para el discurso racionalizador. Cuando los varones aprendieron a aceptar la negativa sexual y las mujeres a tomar la iniciativa (y las respectivas minorías a hacer lo complementario) desapareció el interés por un reglamento de régimen interno de acostada general a iniciativa masculina. La gente descubrió, por otra parte, fue llevarse en todo bien con seis o quince personas de su elección no era más fácil que hacerlo con dos progenitores no electos o con un socio o socia designados mutuamente. Anda y vive la gente de dos, tres, de diez o de uno y según para qué cosas. Sin que le falte la gente que se encuentra a gusto para muchas andanzas y estancias siendo dos, los que parecen descubrir por casualidad y sin pretensión alguna de que en su número binario esté el meollo del asunto. Mucha gente vive sola, pero en ninguna en solitario.

“Sabrás que los varones reconocieron tiempo atrás que su aportación a la eclosión de niños, con ser genéticamente importante, no requiere especial mérito ni esfuerzo. Si ello les frustró en algún momento es cosa de la que no he encontrado evidencia histórica. Hoy se encuentran a gusto con la imagen de sus actos y no reclaman actuar para reproducir su imagen. Apetece la mujer en algún momento reproducir la vida más que imágenes o roles, pero madre y padre biológicos se encuentran lo suficientemente ocupados en realizarse para no empeñarse en realizar a sus hijos en el plan convocatorio de febrero. Desaparecida la compulsión por la filiación privada, lo de las probetas cayó en desuso. Claro está que la

colectividad asume al niño como gasto, así que los más próximos lo asumen como gozo. El niño se asume como programa y la madre organiza los preliminares.

“Hay quien sabe y quien no sabe a quién podría llamar “padre”. Pero aquí esté término no connota ya casi nada y en cambio denota otras situaciones. El término es de difícil traducción, algo así como “persona, animal o cosa a la que la madre estuvo especialmente vinculada”. No por ello le consideran una cosa: saben bien que es un señor. Trato de confirmar por ciertos rasgos folclóricos si en efecto, tal como parece, la vieja expresión “ese conoce a su padre” indicaba una persona propensa a dar importancia a lo que no la tiene. Digamos, pues, que saber o no saber quién es el padre tiene poco interés, y ese poco ameno o erudito. No tiene plantearse el incesto con el padre (aquí la carta a Enriqueta se interrumpe, con permiso del lector, y no registra opinión sobre el “incesto con la madre”, lo que probablemente traduce la incertidumbre del copista al respecto. Bajo algunas tachaduras pueden leerse expresiones como “depende de la facilidad de intercambio”, “si hay facilidad de intercambio por qué con la madre”, etc....).

“Hacer el amor parece ser algo que se encuentra más bien que se busca, o sea que no se excluye ni se presupone. Inútil indagar si esto se produce con ciertas regularidades, ya que, por decirlo de alguna manera, si bien nadie evade hablar de cuándo se sonríe, pocos recuerdan el número de sus sonrisas diarias. No ir a la cama con alguien a quien en principio se aprecias es algo frecuente, pero ni es definitivo ni definitorio. Tampoco es esto de hacer el amor como beberse un vaso de agua, por citar una frase infeliz, pero sabrás que aquí se beben a veces los vasos de agua –como los de vino– con cierto aire de fiesta. Se toma el asunto con un pequeño milagro, apacible las más de las veces pero en ocasiones rápido como un fuego artificial. Se ha perdido toda capacidad de escándalo, pero ha aumentado notablemente la de feliz asombro.

“siéntense atraídos los de aquí por diferentes cualidades del prójimo y de la prójima, sin ignorar los deméritos comunes. Desaparecidas las divisiones de clase y sexo, descubrir que dos personas no se parecen en nada lleva a veces por relajada curiosidad a la superficie plana más próxima; ello no suele producir repeticiones pero tampoco frustra a los participantes. El físico --tanto de varones como de mujeres-- se valora, estos es, ni se sobrevalora ni se infravalora. El interés por compartir el placer con el vecino o la vecina puede deberse a tantas y diversos alicientes que el lenguaje no registra modalidades al respecto.

“Cuando dejó de valorarse el poder personal y encontrósele más feo que otra cosa, empezó a disminuir la competitividad erótica de los caballeros, mayores de cuarenta años. Aún recuerdan los más ancianos un refrán de transición: “El feo poderoso cuanto más poder más horroroso”. Según parece, al mismo tiempo se empezaron a valorar las gracias eróticas de las mujeres mayores, a veces por un simple destello de insospechada rebelión o por alguna convencional torpeza, ahora entendida como signo de opresión provisional más bien que como resto del esplendor.

“Pero veo, Enriqueta, que no estoy dándote confirmación segura a lo que sin embargo, habrás ya captado. Cuando se habla de sexo, aquí todo se torna tan impreciso como efectivo. Caballero mete cosa en orificio femenino con mejor o peor resultado no sería en caso alguno una descripción correcta ni siquiera esquemática. Tras lo que intuyo proceso complicado y sanamente conflictivo, ningún varón se siente más impulsado, ni con más orgullo, a las labores escuetamente penetrantes que a hurgarse con un palillo entre los dientes. Ninguna mujer se ve obligada (por aquello que llamaríamos contexto, entorno o

complejo socializador) a sentirse América no descubierta a la espera del Colón que para tomar posesión de la misma hinque a modo de estandarte de Castilla el órgano más aparentemente adecuado a tan insensata ceremonia. No deja, sin embargo, de apreciarse como estimable suceso el acomodo íntimo que, eliminando el problema del embarazo y presentes las otras posibilidades, proporciona lo que llamaríamos tradicionalmente coito, siempre que, como aquí, esté libre de obsesiones constituyentes o probadoras de la virilidad y de acomplejada y vana emulación de la maquinaria de obras públicas. Anota, pues, Enriqueta, que se hace a veces uso, incluso a menudo feliz abuso, del coito cuando interesa a la economía emocional de dos personas la estrecha proximidad y mutua contemplación, no cuando la urgencia y el curriculum de los varones lo reclama.

“Decirte que no existe prostitución sería banalidad notable. Nadie pagaría, con dinero o poder que no tiene, benevolencia que de uno u otro modo la recibe de quien de otra parte no la ofrece, pues su trabajo se organiza de otros modos y su solidaridad de otras maneras. No debe extrañar este asunto. Decir que siempre habrá feos y deformes supone afirmar que siempre tendrán dinero algunos de ellos para hacer a los otros feos y deformes. Lógica social más que otra cosa que sólo aparece natural en la medida en que se juzga la naturaleza desde la pretensión de confundir lo socialmente con lo naturalmente admisible. Más interés tiene que te explique cómo fue la última etapa del proceso. Quizá el oficio más viejo del mundo fue el de prostituta, pero más antigua fue el que consiguió que alguien hiciese un oficio del amor, un patrono en cierto modo, lo que exige arrebatar los medios de producción de placer y hacer placentera la producción por cuenta ajena. Lo cierto es que el último problema fue, según recuerdan los paisanos, convencer a un grupo de varones de que por hacer el amor no había que pagar ni ser pagado. Condenados a vivir un cierto tiempo entre monas escasamente impresionables ante su apostura o sus ofertas económicas, pudieron ser reconvertidos toda vez que, en la práctica, descubrieron que más valía mujeres que no querían decir que sí a todo, que monas que no sabían decir si a nada...”.

Aquí se acaba el manuscrito de nuestro viajero. Aquí empieza hoy por hoy el conflictivo y desorientado itinerario hacia Kolontópolis, Vilanova del Tampax, Self Help City o un Teruel de Todos los Amantes Posibles. Ese camino se encuentra obstaculizado por algo más que la distancia y las inclemencias de la infraestructura: nuestra propia miseria crítica.

El discurso empobrecido

¿Nos atreveríamos a decir que la atenuación de la represión sexual se debe a la lucha sexual de la población trabajadora, así como afirmamos que las mejoras salariales y urbanísticas han sido arrancadas y no generosamente concedidas? Sólo los movimientos feministas y de liberación homosexual dan pie para conceder al alivio de nuestras desgracias algún otro carácter que el de efecto benévolo ciego de la evolución del capitalismo. En general podría sospecharse que la miseria sexual capitalista engendra la miseria de la crítica sexual en y al capitalismo. Pero quizá, más que engendrarla necesariamente, sólo lo propone. Quizás la expulsión de la sexualidad del discurso del movimiento obrero organizado prepara el terreno para ese empobrecimiento teórico, político e individual. Cuando el capital habla de economía o de política aburre más que cuando habla de ello la izquierda. Cuando habla de sexo el capital es más divertido y se permite hasta cobrarlo. Estamos en desigualdad de condiciones.

La calle sexual es del capital. Domina la práctica restringiéndola y los sueños alimentándolos con papel y celuloide. Domina el chiste, convirtiendo en represiva o derrotista la impugnación de lo real. La sexualidad no es tema político, dice el responsable, y el personal se le va de película "S" o se distrae de su explicación del convenio en el andamio para aporrearle un "¡tía buena!" a la oprimida que pasa por debajo, o se consuela pensando infundadamente que folia más y mejor que su patrono. El discurso político no es más sabio que la calle. Las reivindicaciones apenas alcanzan el nivel de la urgencia inmediata. Las utopías se quedan en el mediocre sueño del varón tan alienado como reprimido. Sólo, pues, se convierte en programa o teoría el apremio mejor o peor formulado. La pobreza minimalista de la legalización de la píldora se combina con la pobreza maximalista de quienes aspiran a una comuna en la que el acceso sexual generalizado (por decreto más o menos visible) eliminó el engorro de la propuesta y la negativa. Como intermedio, la banalización de Engels y el origen de la familia.

La pobreza de la crítica reintroduce de contrabando las deformaciones que acompañan a la represión. Reaparece así el totalitarismo bajo la arriesgada suposición de que en un feliz futuro -del que los líderes piden anticipos- todo el mundo funcionará de una misma y determinada manera, sólo que "progresista": la familia proletaria feliz o la comuna. Y por su puesto el conjunto polimorfo de la dominación masculina es readmitido íntegro, eliminadas sus formas más estrictas pero banalmente "machistas".

Esta pobreza de la crítica a la represión sexual en la sociedad capitalista no hace sino dificultar la liberación personal. Nada estimula tanto a permanecer reprimido como la estupidez o el oportunismo del desreprimido. Señalaba Albert en clase de Rosa cuán irritantemente el progreso da a entender que él (suele ser él) eso de liberarse se lo encontró hecho, creándole conciencia de bicho raro a la (suele ser a la) persona neófita. Como me hizo observar Maica, entre las universitarias se podía encontrar junto a quienes parecían empezar a acostarse "por moda" quienes se hacían fuertes en decir que era solo una moda para no romper una inercia de represión. Ello apunta tanto a las astucias de la vocación de reprimido como al afecto disuasorio para el espectador de la orquestación zarzuelera de ciertas liberaciones. La rápida caracterización de la represión sexual como astuta artimaña de la clase dominante parece ignorar los sutiles mecanismos que llegan a hacer amar las cadenas. Si las cosas fueran tan fáciles como parecen sugerir los enterados, el conjunto de los no enterados sería imbécil. Cuando alguien dice "*libérate, déjate llevar por el impulso o por el momento*" parece suponer abusivamente que a la otra persona jamás se le había ocurrido la idea de tratar de ser espontánea o no había caído en la cuenta de que liberarse fuera una buena cosa. Se haría necesario respetar provisionalmente la alienación del otro y tratar de captar las causas profundas que le han hecho caer en la trampa, más allá de buscar un efecto momentáneo de adhesión por efecto o temor. "*Liberarse*" por consigna o para no perder a Pepe no es liberarse es cargarse con otra claudicación.

Las posibilidades de abordar los problemas reales del personal en vías de liberación son así escasas. La soledad, históricamente absurda, de quienes tienen, sin embargo, los mismos problemas, es una de sus consecuencias. Sigue siendo difícil para muchos el "*hacer proposiciones*". Sigue siendo difícil para casi todas. Sigue siendo bastante estúpido el ritual de la aproximación, y, como dice Julio, encima no despliega colorines como en otros animales. En materia de desvirgamiento no parece haber hoy otra alternativa que una iniciación traumática, generadora de insensibilidad o sumisión al macho, o una iniciación feliz generadora de fijación y dependencia. La pobreza de la

lucha contra la moral represiva predispone a abandonar no sólo la construcción de una moral posible de liberación sino también el análisis de la misma persistencia multiforme de preocupaciones morales subrepticias así como el de las proyecciones emocionales que se expresan bajo forma moral. Y sin embargo no son problemas insolubles. Sólo son problemas personales no asumidos por el discurso socialmente establecido: problemas personales descapitalizados de reflexión colectiva mediante su relegación a la discutible categoría de privados y por ello tan poco resueltos como, por ejemplo, el aprovechamiento de la energía solar. El discurso social versa sobre asuntos metafísicos tales como “*liberarse*” o “*realizarse*” o “*bricoleurs*”, de “*Mecánica Popular*”, como el manejo del clítoris, y la izquierda anda perpleja ante las audacias comerciales del capital sin decidir si va a ignorarlas o a oponerles la moral tradicional.

El camino hacia la utopía razonable, tanto como el alivio de las tensiones personales más inmediatas, parece exigir algunas tareas del lado de la subjetividad: El rescate de lo utópico como polo dialéctico de la angustia cotidiana y no como su torpe proyección, la crítica a las novedades del capitalismo, la crítica a los estereotipos progres y un programa de lucha por cambiar la vida sin voluntarismo ni claudicaciones. La construcción del discurso político sobre el sexo sería la resultante de estos afanes.

La brillantez y radicalidad de ciertas obras teóricas recientes no oculta su involuntaria separación de la experiencia de las masas. La expulsión del discurso sobre el sexo del movimiento obrero tiene, entre otras, esa consecuencia. ¿Hay que hacer leer a Foucault a la base de las Comisiones Obreras (CC.OO) o basta con que compren una enciclopedia sexual por fascículos? Se hace urgente un trabajo quizá menos erótico intelectualmente que dispute al capital el dominio de la ideología en la calle. Lo que antes dijimos sobre la utopía razonable intentaba inscribirse en ese programa de trabajo. A continuación se dirán algunas cosas sobre el remozamiento sexual del capital y la palabrería progre. Otro día podríamos tratar de hacer chistes verdes izquierdistas.

Las novedades del sistema: permisividad y tecnológica de la pareja

Sobre el sistema tradicional de represión pura y simple o reducción de la sexualidad a la gratificación del varón en el seno del matrimonio, aparecen bordadas unas florecitas: la permisividad y la mejora tecnológica de la pareja. Ambas son compatibles e incluso lo son en la medida en que configuran nuevamente el antagonismo vicio/virtud, aunque virtuosizando el primero y echándole, por utilizar una expresión convencional, pimienta o morbo a la segunda, sin que desaparezca el esquema dualista. Se trata de dignificar la golfería y amenizar la decencia sin cuestionar ninguna de ellas ni su contexto. Las revistas con fotos de señoras, consultorio, contactos y, como gran concesión, fotos de caballeros, etc.; los *sex shops*, el cine porno, etc., pertenecen a la primera línea. Cierta aceptación de que toda pareja necesita acomodo sexual sin cuestionarse nunca a sí misma en particular ni como institución, forma parte de la segunda, que se expande por canales más serios: revistas finas y consultas médicas. Un matrimonio respetable viendo en su casa una película porno como aperitivo podría constituir el punto de unión de ambas situaciones.

La industria de la permisividad (no quiere ponerme pesado con lo de la infraestructura económica, pero es una industria) cultiva una imagen de la sexualidad separada del conjunto de la vida personal. Si a la vida se le ha amputado el sexo, la ficción le devuelve ahora el sexo convertido en otro absoluto. Una película porno es una película

sólo de sexo. Las revistas tienden a ser “especializadas”. “El relato de la vida misma” trata precisamente de reflejar una situación irreal de la realidad. (Es un ejemplo reciente, para contarnos el sorprendente caso de las proposiciones recibidas por un cobrador de seguros, el supuesto protagonista dice: “Nunca había tenido esas aventuras que se dice tienen los que se dedican a trabajos como el mío”). El culto a un supuesto funcionamiento autónomo de la sexualidad, guiada por una especie de impulso ciego, fundamenta en los relatos ese alejamiento compensatorio de la realidad. Para ello se sirve de ciertas convenciones del género, tales como la de que todas las señoras están buenísimas y todo los caballeros tienen, si otra cosa no, el magnetismo de una poderosa virilidad o el atractivo erótico de su propia brusquedad apriorísticamente definida como apetecible. La aceptación inmediata alienta la infundada sospecha de que las expresiones masculinas más primarias tienen un efecto de conjuro mágico. Se escamotea así el problema real del lector, el de la aproximación. La compleja maquinaria de la represión y de la inhibición humana queda reducida a una especie de termodinámica que hace saltar la tapadera con la ayuda del redactor.

Respecto de la ferretería-farmacia-electrodomésticos que llamamos *sex shops* convendría insistir en su obvio carácter industrial y especializado. Si dijera ahora que habría que vender tales artículos en las librerías o en los supermercados quizás estaría diciendo una tontería, pero si me limito a recordar que se venden en las sexerías quizá quede claro su carácter de “golfería” dignificada y separada de la vida. La cuestión, sin embargo, es más grave. Su aparente carácter de prótesis del sexo oculta su función real de prótesis de la vida, toda vez que se trata de ampliar la gratificación genital para que sirva de compensación a la deserotización del trabajo, de la relación personal, de la vida. Que tenga algún carácter desmitificador o propiciador del juego no altera la situación básica, como tampoco lo altera que algunos relatos sobre el incesto o la homosexualidad pueden aportar al deseante angustiado el consuelo de no creerse deprimido y único.

En un recorrido rápido sólo cabe referirse a la crítica de la terapia de la pareja con alguna nota impresionista. La señora Martínez, es un suponer, termina el tratamiento y le dice a su terapeuta: “Bien, ahora ya se hacer el amor con mi marido. ¿Qué he de hacer para hacerlo con otros señores, para hablar con mi marido de política y para ir al teatro con un vecino que entiende más que mi marido?”. Indiscutiblemente, conseguir que dos personas que desean hacerse el amor y no les sale muy bien obtengan más placer es un objetivo encomiable. No cuestionar la pareja sino únicamente reforzar con alguna gratificación el temor al cambio (personal y no sólo de la pareja), resulta más que discutible. La validez de ciertas terapias está fuera de toda duda. Pero también lo está su alarmante separación del contexto social que genera los traumas a curar. No deja de ser un escándalo que el capital controle el remiendo de los defectos que él mismo (y sus predecesores) con apoyo masculino colectivo causan. Y si lo controla se debe tanto al abandono de la izquierda como a la astucia que puedan destilar las estructuras.

Se configura así un sistema de apuntalamientos y de escapes ocasionales. Se mantiene, más allá de cuánto pudiera resultar necesario emocionalmente, la consigna de la pareja de duración indefinida. Se reconvierte la protesta especialmente la femenina contra la pareja tradicional, en aspiración a un funcionamiento mejor, real o ficticio, de la pareja. Se vende la prótesis sexual como remedio al problema de la limitación de las relaciones humanas. Se dispensa a la masturbación sucedánea de las fatigas y las glorias de la imaginación. El principio de economía (en cierto modo, comer, cenar, fornicar y dormir con la misma persona y soñar con el sistema es lo más barato en tiempo y dinero) se

convierte en principio regulador exclusivo, dejando sólo el resquicio para una fantasía prefabricada y convertida en válvula de seguridad, Menos mal que ya contradicciones.

Enfermedades venéreas de la ideología progre

La pobreza teórica admite en su seno la contradicción, no precisamente dialéctica. La izquierda parece jugar en su propia contra en este terreno de la sexualidad. Pide tímidamente anticonceptivos o el divorcio, que no pasan de ser reivindicaciones de "centro". Razona su petición como si le animase una firme creencia en la familia feliz. Cuando no está en seminarios de formación expresa libremente su profundo conservadurismo, pero si ha de exponer en ellos alguna teoría dice que la familia es cosa de la propiedad privada. Reproduce en el seno del grupo político la división de los sexos. Llega a afirmar osadamente --en privado-- que esto de hacer el amor es como beber un vaso de agua, pero acusa a veces al capitalismo de distraer al pueblo con pornografía sin preguntarse por qué no es ella distraída.

Hablaremos de los infundados fundamentos de la izquierda en su discurso progre. La represión es culpa del capitalismo. Idem de los curas y de las monjas. El amor es un prejuicio burgués. Las mujeres están reprimidas... Las afirmaciones de la izquierda sobre el sexo, aún las más radicales, carecen de consistencia. Quizá la clave resida en la resistencia a incorporar la autocrítica masculina a la reflexión teórica. Esa pieza ausente falsea toda la estructura del edificio teórico y de sus divulgaciones populares. Y con la política sexual pasa lo mismo.

Se podría afirmar que la única política sexual coherente de la izquierda sería la de propiciar la liberación de la mujer y todo lo que ello comporta. No sólo por su obvia exigibilidad sino por su posibilidad objetiva de dinamizar las relaciones sexuales y humanas en general. La coherencia en la lucha contra la opresión reviste aquí exigencias de eficacia. Se trata no sólo de no hacer una revolución sexual en beneficio del macho (la que en clan han intentado realizar algunos grupos de izquierda) sino de evitar el fracaso mismo de cualquier revolución sexual. Un cambio movido exclusivamente por el interés de los varones por eyacular a cubierto con mayor frecuencia y fundado en la ideología que recubre tal interés, se convierte de hecho en una simple reformulación de toda la actividad tradicional. Al modernizar el lenguaje del donjuanismo, práctico u onírico, la izquierda ara en el mar, ya que reproduce algún tiempo después incluso aquello que trataba de evitar torpemente. La habitual recaída en las formas de posesividad y en el cierre de pareja tras algunos años de trajín más o menos liberado revela no sólo las dificultades del cambio sino la mala orientación del mismo. Que los protagonistas puedan verlo como frustración o como realización personal parece grave, toda vez que se trata de un fenómeno social. Dicho de otra forma, frente a la sospecha de que se vuelve a lo tradicional cabe argüir que nunca se salió de ello.

Una actitud coherentemente de izquierdas habría de indagar en torno a la ideología del amor y el grupo de fenómenos sociales y emocionales que por ella quedan recubiertos. No hay mucho sobre eso. La actitud más general ha sido embellecer el "amor-entre-camaradas" de partido añadiendo a la consigna devoradora de la pareja el mito de una compenetración política. Declarar oficialmente prejuicio burgués al amor ha sido la otra alternativa. Nada de cuestionar la función que cumple ese amor que la mujer socialmente busca y el varón concede y la doble realidad masculina y femenina que recubre. Aparte de imponer algún cito a las militantes, esta actitud preparaba el terreno

para la reintroducción de la misma ideología amorosa al cabo de algún tiempo sin más alteración en todo caso que un cambio de lenguaje.

Celia Amorós ha señalado el papel que cumple el amor como pseudounificador de la vida dispersa del ama de casa y dotador de un pseudosentido a la vida sin sentido para sí misma de la mujer. En consecuencia, criticar el amor sin encarar el análisis riguroso de la situación de la mujer, incluida la militante, sería no sólo una práctica machista sino un bobo intento de disolver la problemática reduciéndola a la de hacerse a la idea de follar con el vecino. Por qué “*se enamora*” gente que no cree en el amor, es cosa que la izquierda no sabe o con contesta.

Complementario a esta ausencia de análisis encontraríamos el mito de la sexualidad pura. Hacer el amor sería como beber un vaso de agua cuando se tiene sed. Evidentemente, en una sociedad más propicia habrá relaciones (con la frecuencia que sea) simplemente por atracción sexual desprovista de otros sentimientos. La magia del encuentro sustituirá a veces otras magias, no siempre mejores. Sin embargo, es imposible no sospechar que esté presente allí, antes o después, la benevolencia o la terapeuta. No es probable, sin embargo, que esta situación pueda producirse realmente hoy, dada la carga de imágenes, proyecciones, frustraciones y traumatismos que llevamos, no importa cuál sea nuestro grado de madurez y de reflexión crítica. Así, si bien los varones parecen tener innegables impulsos a hacer el amor con mujeres por las que no experimentan afecto, sería ingenuidad manifiesta el suponer que no hay en tales casos otros sentimientos y que nos hallamos ante la noble necesidad sexual en estado puro. Hay ternura o hay agresividad, coleccionismo, competitividad, desahogo de tensiones, etc., en todas estas situaciones. El sexo aparece siempre acompañado. Que un varón pueda desear hacer el amor con una mujer que le cae mal o le parece idiota es todo un tema de meditación sobre el mito de la sexualidad pura. Que no haya afecto o que no haya nada positivo no quiere decir que no haya nada. La especie humana parece ser la única que a veces hace otra cosa cuando quiere hacer el amor, pero también la única que hace el amor cuando quiere hacer otra cosa. Que no haya que justificar el sexo no obliga a cerrar los ojos a todo lo que lo acompaña o de lo que es a veces un sustitutivo.

La obsesión por el cuánto --comprensible cuando, como en el franquismo, el cuánto tiende a cero-- no debería hacer cerrar los ojos a los problemas del cómo. La reducción de toda anomalía sexual creada por el sistema a la categoría de represión produce un conjunto sorprendente de efectos ópticos. Hay represión, pero también deformación sin que con ello esté sugiriendo ningún moralismo. Si poco razonable debe considerada la actitud de la señora que se niega a acostarse por inhibición, tampoco parece laudable la del caballero que se lo propone con la idea de lograr un trofeo. En ausencia de esta reflexión puede aparecer el conjunto de los varones como más normal sexualmente que las mujeres (más reprimidas aunque menos deformadas). A partir de ahí, la incomunicación entre los sexos adquiere singular magnificencia: los varones piensan que cómo es posible que seres biológicamente parejos no parezcan tener ganas, y las mujeres se preguntan cómo los varones no parecen pensar en otra cosa. Una vez más, nos acercamos al meollo del asunto: sin el reconocimiento de la alienación masculina no es posible la revolución sexual. De otra parte, suponer que la mujer pueda estar liberada sólo sexualmente sin estarlo globalmente es el colmo de la ingenuidad masculina. Sorprendente es la sorpresa de los varones ante las demandas emocionales de las mujeres. No podría ser de otra manera si la mujer no está liberada al menos de la

ideología del amor, liberación sólo posible a través de una crítica radical de la sociedad masculina.

El escamoteo del papel de los varones en la represión de la sexualidad femenina y, como efecto boomerang, de la masculina, es otra de las fuentes de desconocimiento en las que bebe la izquierda. Las pintorescas y difundidas acusaciones simplistas al capitalismo y a la Iglesia de ser los causantes de la represión sexual son su consecuencia inmediata. La Iglesia ha sido un agente transmisor cualificadísimo de la represión y el capitalismo obtiene beneficios explotando tanto la represión como los escapes de permisividad, por su puesto. Pero los varones, reconociéndose instintivamente polígamos, siguen prohibiéndose colectivamente el acceso a todas las mujeres menos una a cambio de la posesión de ésta. La tradicional falta de solidaridad masculina con la mujer que adopta conductas sexuales libres es una de las páginas menos brillantes de la historia de los varones, izquierda incluida.

La izquierda carece hoy por hoy de una teoría coherente de la afectividad. Cabe suponer, sin embargo, que un problema como el de los celos no es reductible a instintos ni efluvios de la propiedad privada y tiene mucho que ver con el ajuste al medio, la biografía familiar y la organización de la afectividad. El esquema tradicional percibía sólo estos tipos de relación: amistad (presuntamente con personas del mismo sexo o con ostentosa exclusión de la relación sexual), amistad íntima (siempre con personas del mismo sexo) y aparición de una misteriosa chispa que transforma a una persona del otro sexo a través de un cursillo acelerado en amiga, amiga íntima, novia o novia, excluyendo toda otra posible situación. No parece que hayamos mejorado mucho en nuestra capacidad de percibir la pluralidad de situaciones reales y de no percibirla de una manera traumática. La percepción no traumática puede ser difícil, pero la inexistencia de esquemas flexibles de percepción de la realidad la torna imposible. Estamos aún en el país de Mequiere o Nomequiere.

Construir una geometría de las distancias y proximidades personales que funcione más bien como una buena coreografía que no como autitos de choque de feria es, si se me permite la expresión, la gran tarea sexual del proletariado en nuestra época. Ello empieza por no negar la existencia del problema reduciéndolo a una esquemática oposición entre represión y liberación, concebida ésta de manera abstracta o todo lo más cuantitativa. Continúa por la implicación real en la emancipación de la mujer con el proceso de autocrítica masculina que debe acompañarlo. Mientras tanto se puede ir haciendo el amor con más frecuencia: es cosa saludable y a veces se hacen amistades. Y pues las tensiones emocionales se disfrazan tantas veces de preocupación moral y algunas reglas del juego habrá que establecer para jugar, prepárense para ir elaborando una moral nueva. Se propone al respecto ésta máxima: no escupas al que está debajo si no quieres que te caiga encima.

P.S.

Olvidaba decir que en Kolontópolis hay un monumento a los mártires de la lucha por la liberación sexual. No tiene forma de obelisco. Al pasar a él los habitantes recuerdan con respeto a quienes fueron a la cárcel, a la cama o al psiquiatra por querer ir haciendo el amor.

Josep Vicent Marquès i González (València, 1943 - València, 5 de mayo de 2008) sociólogo y escritor valenciano. Licenciado en derecho. Fue miembro del Moviment Social-Cristià de Catalunya i del Partit Socialista Valencià (PSV), que posteriormente abandonó para fundar el grupo Germanía Socialista, de tendencia comunista antiautoritaria. Candidato al senado en 1979 bajo el lema "ni fam, ni fum ni fem", también fue uno de los animadores de los primeros grupos ecologistas y antinucleares del País Valenciano.